

Los onas o selk'nam de la Tierra del Fuego

(Extracto del Dr. Aureliano Oyarzún)

MARTÍN GUSINDE.—Die Selk'nam—Vom Leben und Denken eines Jägervolkes auf der grossen Feuerlandinsel. (*De la Vida y Modo de pensar de un pueblo de cazadores de la Isla Grande de la Tierra del Fuego.*—Mödling bei Wien, 1931.—Tomo I, 1,176 págs.—Gran obra de lujo, ilustrada con noventa láminas en el texto y un álbum con 51 fototipías y cuatro mapas. Adorna el título un magnífico cromó de un muchacho selk'nam listo para la caza, envuelto en su piel de guanaco, con su arco, Kócel y pintura de una raya roja en la mejilla con un punto blanco en cada pómuló.

Pocas veces habíamos tenido ocasión de ver una obra de etnología y antropología más completa y mejor concebida y documentada bajo el programa estricto de las nuevas exigencias de esta ciencia.

Nuestros fueguinos, vilipendiados por los viajeros y aventureros, a veces de la peor especie, que habían visitado sus tierras y presentado al mundo como caníbales y escasos en sumo grado de inteligencia, pasan ahora a formar, aunque muy tarde, una rama importante de la gran familia humana, que sacará provecho del estudio de sus costumbres para la solución de muchos de los problemas que hoy preocupan a la sociedad, mostrándole cuál ha sido el fundamento y la base de los usos y costumbres que rigen al hombre.

Damos las gracias y nuestras felicitaciones al señor Gusinde que, con el sacrificio de su salud y vida, puso su juventud y conocimientos a disposición de la ciencia y de Chile para resolver el problema fueguino, lo mismo que a nuestro Gobierno que con un insignificante sacrificio pecuniario y por intermedio del Museo de Etnología y Antropología y de

algunas personas que comprendieron la importancia de su trabajo, le favorecieron en su difícil tarea.

De los viajeros que en los últimos años han visitado la Tierra del Fuego, citaremos a Julio Popper, Otto Nordenskjöld, Alberto de Agostini, Carlos Gallardo y otros que han estudiado a los habitantes y la geografía de esta parte, la más austral del continente americano.

Se admite hoy que la Isla Grande de la Tierra del Fuego formó primitivamente parte de la Patagonia, de la que se separa hoy por el Estrecho de Magallanes. Las ondas de dos grandes océanos bañan sus costas del Este y Oeste y se juntan en el Estrecho y el canal de Beagle.

Tiene la isla la forma de un triángulo y mide 48,110 kilómetros cuadrados de superficie.

La costa del Atlántico con la orilla norte del Estrecho, hasta Bahía Inútil, presenta la tonalidad de la costa patagónica. Las costas del Sur y Oeste, al contrario, son muy ásperas e irregulares. Las playas del Norte, bajas en algunas partes, alcanzan en otras 60 y 95 metros de altura; en el cabo Domingo, por ejemplo, donde descienden nuevamente al mar en una extensión de 100 a 130 metros, las mareas cubren hasta dos kilómetros de playa. La costa occidental, muy accidentada, presenta fjordes, islas y canales, uno de los cuales, el del Almirantazgo, descubierto por Ladrillero en 1558, se interna profundamente en la isla y sólo se interrumpe por una lengua de tierra para prolongarse con el lago Fagnano, de 90 kilómetros de largo por ocho de ancho y que corre directamente del Oeste al Este. La costa del canal de Beagle es menos áspera en el Este que en el Oeste.

Los naturales buscan su sustento sólo en las costas del Norte y del Este de la isla.

Políticamente se divide la isla en dos partes desiguales, siendo la argentina más rica y apropiada para el pastoreo de las ovejas y la del S. O. de Chile, montañosa, de ningún valor.

Hay pocos lugares en la tierra, dice Nordenskjöld, que merezca con más justicia el nombre de «país de los contrastes». Los geógrafos distinguen tres y cuatro zonas en esta isla. A Gusinde le bastan las diferencias entre los llanos del Norte con las montañas del Sur.

El Norte es de superficie plana u ondulada, semejante a la Pampa. Su mayor altura se encuentra al S. O., donde apenas llega a 100 metros y presenta lagunas, ríos y arroyos. Un poco más al Sur, limitan por el N. E. la bahía de San Sebastián y al N. O. la bahía Inútil, una región baja, de poca vegetación, pero con numerosas plantas de sal. Las numerosas lagunas que allí se forman en invierno, desaparecen en el verano.

Estas llanuras son también visitadas por los selk'nam.

Al sur del Río Chico o Carmen Silva, de 30 kilómetros de largo y que se vacía en el Cabo Domingo, cambia de nuevo el panorama.

Se encuentran en esa región muchas filas de cerros bajos en forma de mesetas o conos que avanzan al interior, formando una especie de transición con la región de las mesetas propiamente tales situadas al Sur.

del Río Negro. Se encuentran allí valles profundos que se transforman en superficies pantanosas. Aquí es donde empieza el bosque propiamente tal, al principio en forma de parques, después en superficies compactas de árboles.

El Río Grande forma el sistema fluvial más grande de la isla y limita la parte norte, sin bosques, de la del sur, montañosa, y a los mismos selk'nam, en los grupos del norte y del sur.

Mientras más se avanza hacia el Sur, más tupido se hace el bosque. Las alturas permiten mirar hacia el norte y ver las llanuras que, ascendiendo gradualmente, hacia el sur, se transforman en bosques verde-oscuros de robles, interrumpidos por lucidas fajas de pantanos y musgos. Se ven levantarse las cadenas de las montañas de Darwin y Valdivia, como intrépidos fantasmas de dos mil metros de altura para morir casi de repente en el canal de Beagle. El monte más alto, llamado Sarmiento, en honor del navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, mide 2,100 metros de altura, está situado al Oeste de la isla, mucho más allá del lago Fagnano.

La corriente polar del S. O. y la sub-trópica del N. O. que alternan su curso al acercarse a la Tierra del Fuego, modifican el clima con los cambios de los vientos. Son fuertes éstos en el verano en la parte norte de la isla.

Llueve a menudo y las tempestades son frecuentes en el Norte. No así en el Sur, donde los valles, protegidos por los cerros y los montes, pero no de la nieve que cubre el suelo durante cuatro meses del año, dejan lugares abrigados para el refugio de los naturales.

La temperatura es muy variable. Desciende 15 y 25 grados bajo cero durante varias semanas. Es, sin embargo, muy sano y fresco el clima, pero esto no quiere decir que cualquiera sea capaz de soportar la crudeza del frío, la nieve y el viento!

La diferencia del suelo y del clima del norte con la del sur se traduce también en las plantas.

El norte, con su sequedad, presenta una vegetación de estepas, a la que se agrega otra con parques, en las partes más húmedas, y en la que domina el *Nothofagus antarctica*, y más al sur, con sus bosques siempre verdes, el *Nothofagus betuloides*. Siendo muy grande la pobreza en géneros y especies de plantas, el paisaje se resiente de la falta de variedad y es monótono y aburrido. Disminuyendo la frecuencia de las fanerógamas de norte a sur, aparecen en abundancia los criptógamos del Sur.

En las estepas del norte se encuentra una vegetación baja y, ante todo, el pasto conocido con el nombre de *Festuca magallánica* y *gracillima*. Sólo en las laderas de los cerros y en las profundidades estrechas del suelo crecen los *Baccharis*, *Berberis* y el *Chiliotrichum*.

El bosque, propiamente tal, empieza al Sur del Río Negro, en la zona media de humedad, y se extiende hasta la región de las montañas. Aquí crece el *Nothofagus antarctica*, que, antes de botar sus hojas verdes del verano, se transforma en un admirable púrpura de otoño. Lo acompañan el *Nothofagus pumilio*, el *Maytenus magellanicus* y el *Drymis Winteri*,

junto con los arbustos de *Chiliodendron*, *Berberis*, fucsias y la abundante flora de hidrófitos de los pantanos.

En las partes húmedas del oeste de la isla, se encuentran el *Nothofagus betuloides* que forma espesos bosques con los maitenes, canelos, pernetias, calafates, fucsias y, en tal abundancia, que dificultan el paso por la montaña. Aquí crece también la *Philesia buxifolia*, de hermosas flores rojas.

«No hay región en el mundo, sin exceptuar la de los trópicos, dice Dusen, donde se presente una variedad más grande y numerosa de musgos que en la Tierra del Fuego.»

Aquí encuentra el guanaco su sustento y el hombre leña y techo, bajo los robles que lo protegen en invierno y verano. El guanaco es el animal de caza por excelencia de la Isla Grande. Alcanza hasta la isla de Navarino. Se encuentran también el zorro (*Canis o Cerdocyon magellanicus*), la Lutra felina, el cururo (*Ctenomys fueguinus y magellanicus*) del porte de una rata gris, etc.; lobos, aves marinas y del campo en abundancia. Mencionaremos también el loro llamado en el Norte de Chile cachaña (*Microsittace ferrugineus*) por formar parte de un mito que tiene relación con las fiestas del Kloketen.

En sus cuatro viajes de los veranos de 1918, 1920, 1921 y desde Diciembre de 1922 hasta Abril de 1924, estudió Gusinde a las tres tribus de indios fueguinos conocidas con los nombres de onas o selk'nam, yaganes y alacalufes. En el último viaje, atravesando en pleno invierno la nevada cordillera vecina al lago Fagnano, estuvo a punto de perder la vida por el frío y el hambre; y, después, en una fiesta del Kloketen, que exige el secreto absoluto de las ceremonias, se le hizo injustamente el cargo de haberlas revelado a una mujer; fué sentenciado a morir inmediatamente, pero se averiguó luego que el cargo era infundado.

Es digno de reproducir aquí el entusiasmo con que Gusinde recuerda todavía a la Tierra del Fuego.

«Todo se anima a mi alrededor, dice, y repercute en mi alma como si estuviera todavía presente en esos lugares. El viento helado me hace tiritar de frío y busco ansioso, en los raros días de sol, los claros de luz que dejan libres las nubes para gozar de la débil fuerza del astro del día. Continuamente veo el cielo gris sobre mi cabeza o las encapotadas nubes, surcando el azul oscuro del cielo. Luchan en las heladas noches de invierno el pálido reflejo del sol con el brillo de los rayos de la luna y observo en el silencioso paisaje que descubre mi vista, una desigual y cansada armonía. Me deslumbra la eterna nieve de las dentadas crestas de las montañas, o el yermo de la costa o la monótona estepa o la profunda obscuridad del bosque antártico del que emana un aire pesado, cargado con los vahos de los árboles gigantes podridos. Y cuando se agitan las ramas de los *berberis*, es señal de que sopla el viento helado del océano. Tanto el silbido como el bramido de la tempestad, me traen al oído el graznido de los ánades salvajes y el relincho de los guanacos. En un mismo día oigo el grito plateado del «piji», del ostrero de la playa, el alegre gor-

jeo de los pajarillos de los campos, el ruido metálico de los trepadores del bosque, el penetrante «tinc-tinc» de la bandurria, el grito de los queltehues y el agudo graznido del chimango. Y, cuando el reposo enmudece el alegre canto de los pájaros y sobreviene el silencio de la obscura noche, grazna el «Uhu» molesto por el chisporroteo del fogón de la choza. Temerosa sube la columna de humo por entre el ramaje de los silenciosos robles. Sólo un débil rayo de luz se levanta del fogón y se refleja sobre la corteza de los troncos de los árboles cercanos. Los indios, acostados en el suelo y envueltos en sus pieles, se entregan a un merecido descanso, soñando todavía con los populares personajes de sus cuentos que el anciano de la tribu les recordó una vez más antes de acostarse. Nadie vela. El fiel perro duerme tranquilo a los pies de su amo. Brilla la Cruz del sur al través de la silenciosa paz de la noche, anunciando la felicidad del próximo día.»

Habitaron primitivamente la Isla Grande de la Tierra del Fuego dos tribus distintas, los *haus* y los *selk'nam*. Parece indudable que ambos provienen de la Patagonia. La primera, que llegó antes que los *selk'nam*, fué absorbida por la segunda que se multiplicó pronto, se mezcló con los *haus*, quedando los restos de estos últimos reducidos a los campos del S. E. de la isla, en la península Mitre, donde han desaparecido hoy completamente. La obra del viajero COOK (1769) conserva un dibujo de una choza con una familia *haus* que reproduce Gusinde, como asimismo la célebre y desconocida «Tábula Geographica Regni Chile» (Roma 1646), hecha por encargo del padre Ovalle de la Compañía de Jesús, donde se vé a un patagón con rabo y otro secando al sol el indumento de barro que cubre su cuerpo!

Sólo desde 1879, puede decirse, desde que Serrano, de la marina de Chile, llevó a cabo su expedición a la Tierra del Fuego, fueron estudiadas las diversas regiones de las islas y mares que comprenden el término austral de la América del Sur, por diversas expediciones científicas chilenas y extranjeras.

Se dividen los *selk'nam* mismos en dos secciones distintas, los del norte y los del sur. Los primeros habitan la parte llana, la estepa de la isla desde el Estrecho hasta el Río Grande. Los del sur, la montañosa, que se extiende hasta el canal de Beagle. Son, por lo demás, parecidos o iguales en su lengua y costumbres. Sus relaciones no han sido siempre, sin embargo, muy amistosas.

Los del Sur han llamado a los del Norte, «come-cururos», como quien dice «come-ratones», por haberse alimentado casi exclusivamente de estos pequeños roedores. Los culpan, además, de haberles introducido muchas enfermedades de los europeos que antes no conocían. Los *selk'nam* del Sur habitan hasta hoy la región del S. O. de la isla, cerca del lago Fagnano.

En cuanto a habitación, usaron los del Norte el toldo y los del Sur la choza redonda en forma de campanario cónico con palos clavados en

la tierra, formando un círculo y unidos entre sí por su parte superior. Hasta hoy, se la cubre con un cuero para defenderla de la intemperie.

Cada familia ocupa una de estas chozas que, por lo demás, son de construcción tan ligera que se levantan en media hora. El hombre corta los trozos de árboles en el bosque y las mujeres las ramas. Se cubre de pasto seco el piso interior. Duermen en ella en tres grupos separados, formando montones, los hombres, las mujeres y los niños, cubiertos únicamente con sus pieles de uso diario y acompañados de los perros, sus fieles compañeros.

Siendo nómades los selk'nam, levantan su choza en cualquiera parte del campo, allí donde encuentran con más facilidad el sustento o condiciones más favorables de clima, lo que no impide que vivan también formando pequeños campamentos de varias chozas.

Al hablar de la raza selk'nam se extiende el autor en largas consideraciones sobre la suerte pasada, presente y futura de este pueblo, que ha sido destruido por el hombre blanco, infiltrándole sus malas costumbres y enfermedades y cazándolo como bestias, a libra esterlina el cráneo. Se distinguieron en este infame negocio el rumano Julio Popper, el escocés Mac Lenan que ganó en un año la cantidad de 412 libras, o mejor dicho, cazó 412 Selk'nam, el sadista inglés Sam Ishlop, «cazador profesional de indios» y otros que, como Mitre, arrebatóle su hogar a una familia entera de indios para exhibirlos en Europa como caníbales, pereciendo casi todos en el viaje.

Son pocos los sobrevivientes Selk'nam actualmente y cree Gusinde que en 20 años más no existirá ya uno solo.

Una costumbre muy generalizada y conocida de los selk'nam es la de pintarse el rostro y el cuerpo empleando los colores rojo, blanco y negro que los sacan de la tierra, de los huesos calcinados de huanaco y del carbón. Los mezclan con grasa, agua o saliva, quedando así listos para el uso.

El adorno de las pinturas a que son tan aficionados los selk'nam, se rige por las emociones del alma u otras razones especiales. De allí la variedad de los dibujos y de los que recordamos aquí sólo los referentes a la vida ordinaria, dejando los más importantes para la descripción de las fiestas del Kloketen, etc.

Las mujeres que desean parecer bien se pintan de rojo el pecho, los brazos y el cabello; los hombres todo el cuerpo. En los casos de gran contento se cubre la cara de rojo. El buen tiempo u otra causa de alegría da motivo para que desde temprano todos los habitantes de un campamento aparezcan totalmente pintados de rojo, con dos franjas paralelas blancas, del grueso del dedo, por encima de las articulaciones del codo y la rodilla, una raya blanca de un hombro a otro sobre las clavículas y otra a cada lado del esternón hasta el ombligo.

Las mujeres se pintan sólo la parte superior del cuerpo, porque no se desnudan jamás fuera de la choza. Esta pintura es conocida con el nombre de *Kekosiken*. Cuando se espolvorea rojo sobre el cabello, se habla

del *Kosaxen*. Es muy apreciada la llamada *oxtlámtien* que se usa en las visitas y las marchas. «Con este adorno, dicen los selk'nam, se anda con más gusto y facilidad». Consiste en pintarse por medio de un punzón filas de pequeños puntos blancos sobre el cuerpo, o pequeñas líneas blancas de 3 m.m. de ancho en las que se raspa la pintura de 3. en 3 m.m. de distancia. La misma palabra expresa también una línea horizontal roja del grueso del dedo que se tira desde las alas de la nariz hasta los conductos auditivos externos y en la que se dibujan puntos blancos tupidos. Lllaman *Koskari* una fina faja blanca sobre las mejillas que indica hermosura y alegría. Haciendo también una pasta de saliva con tiza en la mano izquierda y pasando sobre ellos las uñas de la mano derecha, se estampa exactamente el dibujo así obtenido en los dos lados de la cara. No sale perfecto, pero es fácil de hacer. El más raro es el dibujo llamado *c'owut* que consiste en líneas finas verticales rojas sobre las mejillas. Más fácil de hacer es la llamada *hemaxip*, línea roja también que se tira de las alas de la nariz a los lóbulos de la oreja. Se usa en las visitas, en la caza o en la recepción de los amigos. Dos puntos blancos grandes sobre los pómulos llamados *K'ahanh* indican guerra y sólo se ven en los combatientes. Se agrega generalmente un tercer punto sobre la nariz. Algunas veces se usan también estos mismos puntos con otros dibujos en tiempo de paz. Es de carácter ceremonial la llamada *Xáukesá*, compuesta de siete filas de puntos negros en forma de líneas que se dirigen desde los párpados inferiores a las mejillas. La usan los novios en las fiestas del matrimonio. El signo del duelo, que no tiene una forma definida, se llama *K'arman*.

Como se ve, las pinturas de los selk'nam que no tienen, a primera vista, significado alguno especial, lo tienen efectivamente para indicar las múltiples emociones del alma.

Fuera de esto, las mujeres se adornan con collares de tendones de animales teñidos de rojo en que ensartan pequeños trozos de huesos de pájaros. Algunos alcanzan hasta seis metros de largo. Hoy se prefieren las cuentas de vidrio europeas. Algunas llevan pulseras de totora en las muñecas y las rodillas y adornos de seis filas de tendones en la coyuntura de los pies, y los hombres una cinta de cuero en las rodillas y otra en la mano izquierda como compromiso matrimonial.

Se adornan también con pequeñas cicatrices en la parte interna del antebrazo izquierdo que, cuando niños, se las hacen con un tizón del madero llamado *Chiliotrichum*.

Se les suele ver también un verdadero taraceo en forma de líneas delgadas hecho con la punta del cuchillo y carbón molido en la parte externa del antebrazo.

El arco y la flecha son sus armas principales. El arco se hace con la madera del *Nothophagus antarctica* o betuloides (robles) y las cuerdas de los tendones de las piernas delanteras del guanaco.

Para el asta de la flecha se emplea el *Berberis ilicifolia* o el *Chiliotrichum diffusum*. La punta es ahora de vidrio, el plumaje del *Chloephaga* adherido con brea y tendones y el carcaj de cuero de lobo.

Los selk'nam conocen lo mismo que los patagones las lanzas o arpones de hueso para pescar en el mar. Los haus los emplearon para los lobos. Los cuchillos de hierro provienen de los zunchos de los barriles que arroja el mar. El formón conserva la primitiva valva de concha. Los raspadores son de vidrio. De cuero de guanaco, los sacos, vasos, la bolsita para la yesca y el pedernal que usan en sus viajes. El *Hmbin* de las mujeres y el *K'áncer* de los hombres son porta-objetos formados de largas correas de cuero que se sujetan en la frente para llevar la carga en la espalda.

Se tejen los canastos con el junco conocido en la ciencia con el nombre de *Marsippos-pernum grandiflorum*. Se tejen en la forma de aduja, pero de una manera especial que hay que estudiar para compararlos con los de la antigua Tasmania, particularmente.

Las sandalias de una pieza, hechas de cuero de guanaco y en las que se pone pasto seco para el abrigo, es el único calzado de estos indios.

Como ya lo hemos dicho, encontrándose los selk'nam en el período de la cultura de la recolección y de los cazadores menores, se proveen sólo de los alimentos que les ofrece la naturaleza.

El mar les proporciona mariscos en abundancia, sobre todo choros y caracoles, pescados que, siendo abundantes en la costa oriental de la isla, los cazan con arpones o redes, pero no con la frecuencia que uno pudiera imaginarse. Las mujeres buscan huevos de pájaros en la primavera. Conocen las bayas de los calafates, las hojas del *Tarazacum magellanicum*, el *Apium australe*, la *Cyttaria Darwinii*, hongo de los robles, que alcanza hasta 15 centímetros de diámetro y la *Cyttaria Hockerii* del porte de una arveja. Bien conocidos les son también semillas del *Sisymbrium antarcticum* (hoy *Descurainea canescens*), del porte de una cabeza de alfiler, que muelen entre dos piedras y con las que hacen una pasta aceitosa que mezclan con las hojas del taráxaco. Pero esta escasez de alimento vegetal no está en relación con la abundancia de carne de guanaco, cururo, aves, mariscos, etc., etc., que consumen en grandes cantidades para las necesidades de la vida. No conocen el tabaco, ni las bebidas estimulantes ni las fermentadas. El selk'nam sólo bebe agua.

Por lo que respecta a las costumbres y el orden social, observan las mismas reglas de los otros pueblos más primitivos de la tierra, como ya lo ha demostrado la nueva etnología. Domina en ellos la familia monogámica. Todos son iguales. No hay clases ni por la situación social ni por la inteligencia. Ni siquiera tienen un jefe que los dirija o mande. Sólo la sangre o la propiedad unen a los parientes, pero cada cual es dueño de lo que posee. Conservan sus costumbres primitivas basadas principalmente en la celebración de las fiestas de la iniciación de la juventud o *Kloketen* que describiremos más adelante.

Llegados los hijos a la pubertad, los mismos padres los preparan para contraer la vida matrimonial.

«Así, cuenta Gusinde, me tocó oír un día a un padre que decía a su hijo de 14 años de edad: «procura alcanzar más seguridad en el blanco, pues, ¿cómo podrás más tarde cazar lo necesario para alimentar a tu mujer

e hijos?» Una tía, por su parte, preocupada del porvenir de su sobrina, la amonestaba diciéndole: «no seas respondona, porque tendrás mucho que sufrir con tu futuro marido; jeso no es propio de una niña!»

Se acostumbra desde la menor edad a la juventud a cumplir con las obligaciones de la casa y de los vecinos. Una madre que confió al cuidado de su hija de 17 años de edad a su hermanito de un año y ésta lo dejó revolcarse en la arena por irse a jugar con otros niños, la reprendió, diciéndole: «vente inmediatamente, no te es permitido dejar solo a tu hermanito, te aburres con él...! ¿Piensas, acaso, que alguien te va a cuidar más tarde a tus propios hijos?»

Andando los años, tanto el joven como la niña selk'nam se dan cuenta de las necesidades que le impone la naturaleza, enamorándose tal como lo hacen los europeos, sin faltar por eso a la moral, con un sentimiento tan delicado, que ha reconocido ser cierto Gusinde, lo que Gallardo había dicho ya sobre esto en su libro sobre los onas. «El instinto genésico... en el ona, dice este autor, es intelectual, no es sólo la bestia que sacia un apetito, que llena una función animal... Ya en el ona florecen y se defienden los sentimientos afectivos. Conoce la simpatía, las nobles rebeliones del pudor, la compasión y el amor con sus angustias y sus celos y el deseo del exclusivismo en la posesión de la mujer... Y este grado de educación moral, alcanzado en sus relaciones de sexo, se debe principalmente a la mujer, en cuyo seno dormitan infinitas delicadezas». No le es permitido a un joven casarse antes de haber asistido a las ceremonias del Kloketen y después debe esperar un año más todavía. El matrimonio se efectúa entre los 18 y 25 años de edad para los hombres y de 15 a 19 para las mujeres. La novia procede siempre de lejos, de otro grupo, no se compra jamás. Llegado el momento de la declaración de amor, acude el galán a la choza de los futuros suegros y obsequia a la niña de su inclinación un pequeño y hermoso arco que lo ha mandado a hacer expresamente con este objeto. Si no reacciona inmediatamente, el galán le envía algunos días después un nuevo arco y, si no lo devuelve, es señal de que su petición ha sido aceptada. Inmediatamente se pinta la niña la cara con finas líneas blancas verticales de 3 m.m. de ancho por 18 m.m. de alto que se extienden de un oído al otro, pasando por encima de la nariz, y otra horizontal, más ancha, del mismo color, que, siguiendo la inserción nasal inferior, va a terminar en punta, a las orejas, por debajo de la anterior. En los días que preceden al matrimonio, se reemplaza a veces esta pintura por la que ya hemos conocido con el nombre de *oxtlá-lampien* que la llevan también los parientes en señal de regocijo. (Raya roja con puntos blancos desde las alas de la nariz, o bien, por debajo de ella, hasta los conductos auditivos externos). La novia obsequia ahora a su pretendiente un brazaletе tejido de tendones de guanaco que se lo coloca en la muñeca de la mano izquierda. Desde este día aparece también el novio con la cara pintada con el mismo *oxtlá-lampien*. Tres días después de las fiestas del compromiso, el padre de la novia y algunos amigos salen a cazar. El novio, entre tanto, levanta su futura choza a buena distancia

de la de los suegros: Vueltos los cazadores al campamento, depositan la caza en la puerta de la choza de los novios y se hacen los preparativos de la fiesta. Los novios cambian la pintura de la cara por la de la *xáukesa* que deben llevarla durante cinco días seguidos. Las fiestas se prolongan hasta la terminación de las provisiones de la caza.

Los *selk'nam* son monógamos. La poligamia no existe y es sólo permitida por razones especiales. Como ya lo hemos dicho, rechazan el matrimonio consanguíneo. La prohibición de la consanguinidad equivale, en realidad, a una exogamia local, porque aun los grupos vecinos de familias numerosas están emparentados entre sí. Los nombres de los hijos corresponden casi siempre a una cualidad del cuerpo, del espíritu, etc. Así, hay crespos, cari-angostos, negros, ñatos, etc. Se efectúa la primera menstruación a los 12 o trece años de edad. Mientras dura se cuida la niña de la comida. Ayuna en el primer día y sólo bebe un poco de agua. En el segundo come algo de pescado o callampas, tocino y menudencias. Sólo al tercer día comienza a comer carne. No se le permite salir durante cinco días de la choza, donde permanece en silencio. Desde el primer día, la madre o una vecina le pintan la cara con finas líneas blancas, ligeramente radiadas y en pequeños arcos, desde los ojos a las mejillas. Se renueva cada mañana esta pintura durante cinco días. Su madre la amonesta, diciéndole: «Fíjate lo que quiero decirte en este día; otras mujeres te lo repetirán también».

«Permanece sentada, callada y tranquila en tu choza. Separá a los otros niños de tu lado. No seas floja, haz ligero tu trabajo, a las gentes les agrada una mujer trabajadora.»

«Recoger leña, traer agua, cuidar el fuego, preparar las pieles, coser los vestidos, tener limpia la choza, tejer canastos, son trabajos de la mujer.»

«Permanece siempre en tu choza.»

«Cada mañana debes lavarte, arreglar tus cabellos y pintarte.»

«Levántate temprano. Empieza, en seguida, tu trabajo, sé aplicada y cállate todo el día.»

«No te es permitido jugar en estos días o alejarte de la choza. Se formal y no interrumpas la conversación. No te rías, ni te muevas de tu asiento.»

«Más tarde tendrás que ocuparte de tu marido. Te casarás luego y vivirás con él. Haz con gusto lo que te pida. Debes estar siempre a sus órdenes.»

«Evita cualquier disgusto con él. Si se enoja, cállate.»

«A pesar de estar casada, debes siempre obedecer a tu padre. Conserva buenas relaciones con la familia. Ayuda a tus parientes cuando soliciten algo de tí.»

«Dale bien de comer al que llegue a tu choza.»

«Ayuda y complace al necesitado. No esperes que te pida. Pertenece al grupo de la misma familia y los otros son también *Selk'nam*.»

«Ayuda a los buenos amigos. No seas tonta. Tienes la obligación de conservar buena amistad con ellos. Los amigos ayudan siempre.»

«Mantén siempre tus cosas en buen orden. Una mujer limpia es hermosa y agrada a todos.»

«Si tu marido se conduce bien en el matrimonio, trátalo bien y sé afectuosa con él.»

«No te fijes en otros hombres, eso no le parecerá bien a tu marido. Conténtate con él, que es bueno. No necesitas tener otro; quién sabe cómo se revelará él más tarde, cuando vivas con él.»

«Sé mujer honrada para que no se hable mal de tí.»

«Si madrugas, podrás hacer todas tus obligaciones a tiempo y descansarás más temprano.»

«Ahora, no hables en estos días. Escucha únicamente lo que te dicen las otras mujeres.»

«Mantente lejos de los muchachos, que, a tu edad, son muy fastidiosos. Primero te adulan, después se hacen exigentes. No te entregues a nadie antes de casarte, porque tendrás un hijo que carecerá de padre porque no eres casada. Entonces las gentes hablarán mal de tí, porque tu hijo no tiene padre.»

«Esto lo hacen los blancos, dejan solos a la madre y al hijo. Una niña selk'nam no se entrega a un joven selk'nam. Por esto es que hablamos formalmente con nuestros hijos sobre estas cosas.»

La constitución de la familia es del tipo patriarcal y los hijos pertenecen a la familia del padre. Cuando un joven se casa con una niña perteneciente a un grupo de familia distinto a él, vive con los suyos. La joven, entre tanto, no abandona las relaciones de sus parientes y si su esposo fallece, vuelve a su familia.

Y si una viuda con hijos contrae de nuevo nupcias en un lugar distinto del de su primer marido, los hijos del primer matrimonio no pierden el parentesco de la familia de su padre carnal y vuelven casi siempre al seno de la misma cuando llegan a la edad adulta.

Se observa también el levirato en algunos casos y siempre el hermano del marido tiene la obligación de cuidar a sus sobrinos.

Por lo que respecta a las excepciones del matrimonio, una entenada no puede casarse con su padrastro, porque se consideran parientes consanguíneos.

Los parientes están obligados a ayudarse mutuamente y conservar la buena fama y honra de la familia. Por lo demás, se consideran también parientes consanguíneos a los que nacen en el mismo distrito. Los nombres de la escala del parentesco corresponden a los nuestros.

Los selk'nam dividen desde los tiempos inmemoriales a su territorio en 39 secciones o grupos que limitan con grandes piedras, árboles, ríos, montes y lagunas. Desde aquellos tiempos los miembros de cada familia han gozado del usufructo de sus tierras. El atropello de la propiedad ajena ha dado lugar a venganzas y luchas campales. Pero generalmente se han guardado buenas relaciones entre los vecinos, sobre todo cuando los predios no han sido de mucha extensión. Un extraño, sin embargo, puede frecuentar un distrito distinto al suyo, contando con el permiso y la buena

voluntad de sus dueños. Tampoco se permitía cazar, pero se suministraba suficiente cantidad de carne a los que la necesitaban. Y, por lo que respecta a la propiedad particular, tanto la familia, como la mujer y los hijos han sido siempre dueños de sus chozas, vestidos, arcos, muñecas, etc.

Los selk'nam no han sido jamás caníbales, a pesar de lo que se ha dicho por algunos viajeros; más aun, desprecian la carne de zorro porque este animal desentierra a veces los cadáveres humanos para alimentarse con ellos. No conocen el infanticidio ni el aborto provocado.

Los selk'nam no hablan en sus conversaciones del Dios Creador que reconocen y así, ni Gusinde en sus tres primeros viajes, ni otros misioneros católicos y protestantes habrían podido conseguir datos seguros sobre su Ser Supremo. Puede decirse que él ha sido el primero que ha descubierto positivamente que *Temaukel* es el Dios de los selk'nam.

La razón de esto es que temen hablar de *Temaukel* y lo hacen sólo en ciertas ocasiones y por motivos muy justificados. *Temaukel* es *Kaspi*, esto es, espíritu, como el alma del hombre que se separa del cuerpo a la hora de la muerte y que se conoce con el nombre de *Men*. *Temaukel* ha sido siempre espíritu y por esto es inmortal. En su respeto por esta divinidad, prefieren llamarlo «El de más arriba» simplemente.

Temaukel lo sabe todo. Reside más allá de las estrellas, pero vé lo que sucede en el mundo. Nadie puede esconderse. Oye lo que se habla. Cuando alguien piensa cómo va a matar a un enemigo, ya *Temaukel* conoce sus pensamientos.

Creó la tierra sin forma y el cielo sin estrellas. Lo que hoy vemos es obra de *Kenós*, su criado, a quien encomendó la tarea de organizar el mundo. Las montañas, las estrellas, los fenómenos atmosféricos, casi todos los animales, fueron primitivamente *H'owenh*, es decir, hombres antepasados (*Ahnen*, en alemán), distintos de los *C'on*, que son los hombres de hoy que desaparecen con la muerte.

Los antepasados provienen de dos puñados de tierra que tomó *Kenós* de un pantano y formó y dió vida al hombre y a su descendencia que se la prolongaba a voluntad por medio de un baño que se daba después del sueño de la vejez, levantándose siempre joven y fresco, hasta que, por culpa de *Kwányip*, como lo diremos luego, ya nadie volvió a despertar y siguieron entonces viviendo los antepasados en forma de objetos o fenómenos naturales. Los *C'on*, son los mortales de hoy que, cuando duermen el sueño de la vejez, no despiertan y mueren realmente. Con el advenimiento de los *C'on*, concluyeron, pues, los antepasados.

Se vé, pues, que la religión de los selk'nam es monoteísta. El cuerpo se separa del alma o *Kaspi* y va a unirse con *Temaukel* más allá de las estrellas. De manera entonces que si el *C'on* muere y su *Kaspi* no recibe ni premio ni castigo, no hay razón para ofrecer sacrificios u ofrendas a *Temaukel*. Y es por eso que el selk'nam se contenta con cumplir con sus deberes y seguir el buen camino de la vida.

Uno de los castigos del *Temaukel* que más temen los selk'nam es la muerte temprana de los niños o una enfermedad. Y, pensando que pudiera

ser por culpa de ellos, se les oye decir a menudo: «Debemos ser buenos».

Es una virtud de los selk'nam el cariño mutuo de los esposos, de los padres con los hijos y la obediencia de éstos a sus padres.

Por esto es que el Selk'nam muere tranquilo, rodeado de sus deudos y amigos que lo lloran con mucho sentimiento. Se envuelve su cadáver a lo largo en una o dos capas de cuero de su propio uso que se sujetan con palos y correas, dejando la cabeza hacia arriba. Se le entierra no lejos de su choza, cavando una zanja en la tierra donde se le deposita. Lo conducen 2 a 6 personas y un miembro de la familia. Los demás quedan en la choza. Apenas salido el cadáver de la habitación, se queman los efectos del difunto y aun su choza con el objeto de no sufrir con la vista de sus recuerdos. Su perro lo lleva algún amigo.

Cuando todavía no ha perdido el aliento el agonizante, empiezan los parientes el duelo, tiñéndose con polvos de carbón la cara, los brazos y el pecho. Cuando las mujeres pierden a un niño, se hacen heridas en el pecho con piedras afiladas o conchas. Los parientes cercanos de los adultos fallecidos se hacen heridas lineales en los brazos, las piernas y el pecho hasta manar sangre. Tanto los hombres como las mujeres se tonsuran el cabello de la cabeza como los frailes y se lo amarran con una cinta.

Es muy rica la mitología y cosmogonía de los Selk'nam. Puede decirse que la mitad del libro que analizo se ocupa de estos temas, tan importantes para comprender la historia de este pueblo y compararla con la sociología de la humanidad. Su conocimiento es, pues, de capital importancia ya que es a este ramo precisamente al que debe la etnología sus mejores conquistas y su fama de ciencia exacta.

No siendo posible seguir en extenso al autor en este terreno, dejamos su estudio a los que posean la lengua alemana y se interesen particularmente por esta clase de disciplinas. Tocaremos aquí sólo algunos puntos, más para completar este pequeño resumen, que para dar una idea completa sobre la mitología selk'nam.

Y así, el *Kenós*, que ya hemos conocido, fué enviado por *Temaukel* para poner orden en el mundo. Cuando llegó a la tierra, anduvo por todas partes. Vió luego que la poblarían muchas gentes a las que había que proporcionarles lugar. Aquí dió a los selk'nam estas tierras. Andando por otras partes, siguió distribuyéndolas de la misma manera.

El modo cómo vinieron los antepasados u *Howenh* y los hombres, se explica así: después que *Kenós* había recorrido el mundo volvió a este mismo lugar, al país que había destinado a los selk'nam. Se encontró solo, no había ningún habitante. Mirando a su alrededor se dirigió a un pantano, de donde tomó un puñado de barro con raíces y lo apretó entre las manos para estrujarlo. Formó con él un genitale masculinum y lo dejó en el suelo y luego después, por el mismo procedimiento, un genitale femenino, lo colocó al lado del primero, y se fué. En la noche se juntaron estos puñados de tierra, resultando un personaje igual al hombre, que fué el primer antepasado. Se separaron de nuevo y quedaron tendidos en el

suelo, el uno al lado del otro. El hombre creció inmediatamente. A la noche siguiente volvieron a juntarse, y apareció otro hombre. Este fué el segundo antepasado. También creció ligero. Siguió repitiéndose todas las noches y por mucho tiempo esta misma operación, naciendo cada vez un nuevo antepasado y poblándose rápidamente nuestro país. Pero salieron también muchas mujeres. Desde esta época, uniéndose los hombres con las mujeres, aumentaron las gentes. La tierra que empleó Kenós para formar el hombre, fué obscura y por eso es que los Selk'nam son morenos. Los Koliot (extranjeros) son blancos porque Kenós, repitiendo esta misma operación, tomó en otras partes tierras blancas de la playa para formar al hombre. Y así también cada noche aparecía un hombre blanco.

Impresiona verdaderamente una historia tan sencilla y comprensible como ésta para explicar el origen de los selk'nam, pero se descubre también en ella la influencia de la cultura de un pueblo extraño.

Kenós creó al hombre y le ordenó multiplicarse en la tierra, «porque habiendo hombres y mujeres, deben haber niños». Enseñó a hablar a los antepasados y les dió a conocer los fundamentos de la familia y la sociedad.

Cuando Kenós era anciano, ya habían muchos antepasados en la tierra. Trató pues de dormirse y quedó en un estado de letargo parecido a la muerte. Como lo acompañaban tres hombres, imitaron también a Kenós. Permanecieron los cuatro en este estado durante largo tiempo, pero no murieron, se levantaron de nuevo y siguieron viviendo. Empezaron entonces un viaje al norte, caminando con mucha dificultad, como los ancianos, pero llegados, al fin, al lugar deseado se hicieron envolver en capas de cuero y se echaron al suelo. Quedaron así como muertos, pero a los pocos días volvieron a vivir.

Este mismo fenómeno se repitió después con otros antepasados. Los ancianos se hacían envolver en una capa, se tiraban al suelo como muertos, y volvían a vivir algunos días después.

Desde esta fecha no había más que dirigirse a la choza de Kenós. Ya no tenían por qué arrastrarse por el suelo los débiles.

Bastaba decir: «Kenós, lávame». Este los lavaba, desaparecía el mal olor (el del cadáver) y volvían al seno de su familia.

Cuando Kenós estuvo en el norte, él mismo se lavó y lavó a sus tres compañeros y por eso vivieron. El que era lavado por Kenós, seguía viviendo joven y fresco. Cuando alguien se ponía anciano, se hacía lavar de nuevo hasta que no quería vivir más y se transformaba en monte o pájaro, viento o animal del mar, roca o animal de tierra. Los que acompañaron a Kenós al cielo se transformaron en estrellas o nubes. Kenós mismo aparece en la forma de la estrella llamada Aldebarán de la constelación del Toro; y Cénuke, padre de una numerosa familia que llevó consigo al cielo, constituye hoy el Procyon y la constelación del perro menor. La Vía Láctea es un conglomerado de *Howenh* o sea de antepasados. En ese tiempo se transformaron muchos de esos antepasados en buhos, albatros, busardos, patos y otros pájaros. Algunos en vientos que se retiraron a sus mansiones, cada uno según su dirección. Otros se volvieron animales

marinos, como camarones, ballenas y viven en el agua; otros todavía, como el *Oixala*, *Texnol*, *Euwan* y *Sila*, en montes que permanecen entre nosotros y que antes no existían; y éste es el origen de todo lo creado. El que se lavaba seguía viviendo. Nadie moría.

Los *Howenh*, así transformados y que forman el inmenso número de los objetos y fenómenos de la naturaleza, siguieron viviendo, pero los *C'on*, o sea, los hombres de hoy, mueren y no se levantan más.

Cuando Kenós subió al cielo encomendó a *Cénuke* la operación del lavado, pero como *Kwányip* no quisiera lavar a su hermano mayor, no volvió, éste a despertar y sobrevino entonces la muerte verdadera. Desde entonces el hombre muere realmente, no se levanta más y no se transforma en nada. Con esto concluyeron los antepasados.

Temaukel es, pues, en la mitología Selk'nám el Dios Creador. *Kenós* su representante en la tierra, el Salvador, y *Kwányip* el espíritu destructor, o sea el representante del proceso del antagonismo estudiado por Ehrenreich.

No me ocuparé aquí en relatar la vida y proezas de los numerosos seres mitológicos de esta época de la creación, que el libro que analizo estudia extensamente; sólo mencionaré de paso las de *Caskel*, Hércules fueguino, gigante comedor de hombres que se vestía con piel humana y adornaba su Kócel con la piel del Mons Veneris de las mujeres que sacrificaba. Tenía esta fierra a su servicio a dos sobrinos de *Kwányip*, llamados *Sasán*, que se alimentaban con la inmundicia de las víctimas y él mismo con los asados de sus carnes. Felizmente *Kwányip* mató por engaño a este gigante, quebrándole la columna vertebral, ayudado por los *Sasán* que, tirándole piedras con hondas, le vaciaron los ojos, líquido que se vé todavía en forma de manchas gris-verdosas en la superficie tersa de las aguas de las lagunas.

Bien podría creerse que este extraño personaje fuera una alusión al recuerdo ya casi llevado al olvido de las antiguas prácticas del canibalismo que se ha inculcado a los fueguinos, pero con mejores consideraciones etnológicas podemos observar que este Hércules mitológico es un personaje conocido en casi todas las mitologías conocidas. Si no comía siempre al fueguino, era, por lo menos, un individuo más fuerte que los demás y, por lo mismo, apto para hacer su voluntad como mejor le acomodara. De suerte, pues, que su presencia entre los selk'nám no prueba que haya existido el canibalismo en la Tierra del Fuego.

Daremos a conocer más adelante a otros personajes más importantes como *Kelsal*, *Kren*, el sol, y su mujer *Kre*, la luna.

Siguen otros mitos que se relacionan con la patria de los Selk'nám, el diluvio, los guanacos y otros animales, etc., etc.

Dedica un extenso capítulo al médico brujo, o *X'on*, del que nos ocuparemos aquí brevemente.

Este personaje tiene la misión de curar a los enfermos, vigilar a la luna y a los enemigos de la tribu. Debe ser joven, sano y muy ágil.

En el ejercicio de su profesión se asocia a una fuerza espiritual llamada *Waiyuwen*, o sea el espíritu de un *X'on* muerto que se ha unido a

él por intermedio de otro X'on. El X'on es, a la simple vista, un personaje como cualquier otro, pero que, en realidad, carece de sangre, huesos y músculos. Su interior está ocupado por una sustancia suave, parecida al plumón de las aves.

El Waiyuwen es una especie de otro yo, la fuerza efectiva que conduce y aplica el *Kwake*, mata, apacigua a la luna, es, en una palabra, una especie de resorte que funciona a las órdenes del X'on. Cuando éste trabaja se reemplaza su alma o *Kaspi* por la del Waiyuwen. Concluída la operación, desaparece el Waiyuwen y vuelve el Kaspi a tomar el lugar que le corresponde.

Muerto el X'on, no se une su alma con la de Temaukel. Su Kaspi se vuelve Waiyuwen y permanece unida al cuerpo hasta que pasa a un nuevo candidato por la intervención de otro X'on, como hemos dicho.

El *Kwake* es la causa única de los sufrimientos corporales, los dolores, pero ante todo de la existencia y depresión del ánimo, decaimiento de las fuerzas, de la angustia e intranquilidad que se derivan casi siempre de ciertos sueños. Es de naturaleza material, una especie de objeto pequeño que penetra en el cuerpo. Se le compara con la punta de una flecha y por eso se dice: «el X'on lanza el daño, como el Selk'nam la flecha». Se dirige al cuerpo en línea recta, invisible y penetra como una flecha al lugar que se la dirige y produce el dolor.

El *yauater* es la fuerza espiritual de vista del X'on, que fija la imagen ajena, la de objetos corpóreos y el Kaspi de cualquier persona. Para comprender este proceso, imaginémosnos el ojo pediculado del camarón como que saliera del cuerpo del X'on y llegara directamente al objeto que quiere influenciar, poniéndolo en contacto directo con él. Obra como una tira de caucho con un ojo en un extremo, o como los tentáculos del caracol. Por este medio llega al *Ha'hmen* del X'on al *Kaspi* de su enemigo, lo destruye directamente y lo recoge después.

El *Ha'hmen*, especie de Waiyuwen, sólo sirve en la guerra. Lo emplea el X'on para inquirir noticias. Se cree que es un animal como el guanaco con piel de hombre, como el zorro o el cuervo y cuyos relinchos oyen a veces desde lejos las gentes. Para invocarlo se entrega el X'on a sus sueños. Una vez en su presencia lo envía al campamento enemigo, a donde llega en la noche, escucha a la gente, estudia sus planes, cuenta a los combatientes y, mientras sueña el X'on todavía, da a éste cuenta de su cometido.

Ca'hmen, al revés de *Kwake* y *Ha'hmen*, representa a un ser inanimado como un humo, una nube, rara vez un guanaco bien cebado y como no se le ve, se le aspira o se le come, ofreciendo así el mayor peligro.

Cuando un X'on desea matar a alguien, le envía su *Kwake* y se lo introduce en el cuerpo hasta que se muere. Esta es la razón por que no siempre es bien querido el X'on en la tribu y se le culpa principalmente de la muerte de los niños que da a veces motivo a venganzas encarnizadas.

Los sueños son de capital importancia para el ejercicio profesional

del X'on, o mejor dicho, aquellos estados de *cuosencia* del espíritu que exigen una concentración sobre cierta idea, o la convicción auto-sugestiva de que el Waiyuwen actúa con él.

El hipnotismo del X'on se revela por la aparición del Yewin, o sea la facultad de cantar de que es presa el X'on y con la que atrae al Waiyuwen.

La visión de objetos fantásticos se designa con el nombre de *Kaskór*. Sólo en este estado le es posible al X'on desarrollar sus actividades; no en vigilia, porque el Waiyuwen y el Ha'hmen son los que funcionan y él es solamente el intermediario de estos espíritus que lo dirigen y aconsejan.

Entra, por fin, el autor en largas consideraciones sobre el modo de curar a los enfermos y los medios engañosos de que se valen los X'on para ejercer su arte, hacer daño, producir la muerte, actuar en la guerra, influenciar los fenómenos atmosféricos, etc., etc., y la descripción de las fiestas de este gremio conocido con el nombre de *pesere*.

Pasando ahora a las fiestas del Kloketen y, con el objeto de dar a conocer un par de mitos de los numerosos que contiene la obra que analizo, doy aquí la descripción del referente al Kloketen de las mujeres y el del signo de su propagación en la Tierra del Fuego, completándolo con la descripción misma de las fiestas que tienen lugar en la choza del Kloketen y la descripción de sus espíritus.

El mito de las fiestas del Kloketen de las mujeres.—Antes de conocer el de los hombres, debemos recordar que fueron las mujeres las que practicaron primeramente las fiestas de este nombre.

Ha sido siempre costumbre de los selk'nam dar a conocer a los jóvenes púberes el gobierno de la familia y las costumbres de sus antepasados.

Para esto empiezan por enseñarles cómo las mujeres gobernaron antiguamente a los hombres y cómo éstos recuperaron después el mando perdido.

Las mujeres, según esta creencia, habrían celebrado secretamente las fiestas de la iniciación de la juventud o del Kloketen en una choza más grande que las de uso corriente, prohibiendo estrictamente a los hombres y a los niños ver de cerca estas ceremonias, si no de lejos, de sus mismas chozas que se levantaban formando un campamento por detrás a 190 pasos de distancia de la choza mayor del Kloketen.

Se elegía para esto un lugar especial, cerca de un bosque. Se cortaban siete palos, hasta de 10 metros de largo cada uno que se clavaban en el suelo, a cierta distancia uno de otro, formando un círculo. Apoyando entre sí sus extremos superiores libres, tomaba la construcción la forma de un cono. Se rellenaban los espacios libres con ramas y se cubría todo con champas, dejando sólo una gran entrada hacia el Este. Se esparcía en el suelo pasto de la pampa. Se instalaba, por último, el fogón en medio de la choza, donde ardía permanentemente.

Cuidaban también del agua, cavando un pozo apropiado para este objeto.

Cuenta la fábula que cuando se reunieron por primera vez después del cataclismo universal los Ho'wenh en la choza del Kloketen, siete So'orte muy fornidos clavaron los siete primeros palos de esta construcción y este recuerdo se conserva hasta hoy día en las personas de sus representantes que se sientan bajo esos mismos palos en las fiestas actuales del Kloketen.

Como ya lo dijimos, hubo en aquellos tiempos muchos *Ho'wenh* en este país. El sol, la luna, las estrellas, las montañas, los ríos eran seres humanos como nosotros. Gobernaban entonces las mujeres, dentro y fuera de las chozas; ordenaban y disponían el trabajo de los hombres. Desempeñaban los oficios que hoy hacen las mujeres. Estaban a sus órdenes. Tenían la obligación de quedarse en la choza y hacer lo que les ordenaban las mujeres: mantener el fuego, asar la carne, preparar las pieles y cuidar a los niños. Las mujeres dirigían el mando y celebraban los consejos. No se permitía a los hombres sentarse cerca de ellas cuando había que hablar en privado o tomar alguna resolución.

Pero como los hombres eran más fuertes y numerosos, temieron las mujeres un alzamiento y se les obligara a someterse a ellos y obedecer sus órdenes. Se juntaron, entonces, para tomar una resolución y defenderse. Kre (la luna), esposa de Kren (el sol), era la más astuta de las mujeres. Bajo su mando, acordaron construir una choza grande, donde cupieran todas y pudieran permanecer día y noche, sin juntarse con sus maridos y aún prohibirles la entrada a esta mansión. Se pintaron, en seguida, el cuerpo de distintas maneras. Se colocaron máscaras para cubrirse el rostro y salieron cantando y bailando de la choza sin que nadie las reconociera. Los hombres se contentaron con mirar tan extraño espectáculo. Algunas mujeres hicieron creer a sus maridos que aquellos personajes habían bajado del cielo o salido de la tierra, para molestar a los hombres y a las mujeres y que eran tan poderosos que no se podía hacer nada contra ellos. Se les dijo también que la *Xálpén*, mujer caprichosa y de mucho poder, temida de los hombres, vigilaba de cerca su conducta. Acompañaban otros espíritus a Kre, como ser, los de *Malán*, *Kosmenk*, *Tásin*, *Kataix*, *Ketérnen* y otros So'orte encargados de castigar la desobediencia de los hombres. Pero todos estos personajes no eran más que las mismas mujeres de la choza del Kloketen disfrazadas con pinturas, cantos y ademanes especiales, para atemorizar a los hombres, haciéndoles creer que eran espíritus verdaderos. De cuando en cuando, visitaban sus propias chozas para ver a sus maridos y ordenar el trabajo, el de la caza principalmente, para alimentar a la *Xálpén* que vivía en la choza grande y consumía grandes cantidades de alimento, lo que no era cierto, puesto que todas se alimentaban con la misma comida.

Kren (el sol) era un magnífico cazador y siempre volvía del campo con abundante provisión de carne.

Las muchachas del Kloketen iban a menudo a las chozas del campa-

mento en busca de provisiones para la Xálpén que comía mucho y los hombres tenían la obligación de proporcionársela. (La verdadera, sin embargo, otra. La carne servía para alimentar a todas las mujeres de la choza del Kloketen).

Habiendo salido un día Kren a la caza y, trayendo un gran guanaco sobre sus espaldas, se puso a descansar no lejos de la choza mayor, cuando de repente descubre que cerca de una laguna habían dos muchachas que se bañaban, reían y jugaban. Vió todavía que estaban pintadas con el disfraz de Ketérnen, personaje que había aparecido entre los espíritus de la choza del Kloketen; que se ejercitaban dando pasitos hacia adelante y hacia atrás, tal como se los había enseñado la luna y diciendo: «Ya lo haremos mejor... y cómo se admirarán los hombres!» Y se burlaban de ellos que obedecían a las mujeres.

Enfurecido Kren al oír esto, salió repentinamente de su escondrijo, gritándoles: «mujeres falsas... con que así habéis engañado a los hombres? ¡Ya lo sé todo!»

Sorprendidas así y asustadas las muchachas, se arrojaron inmediatamente al agua donde permanecieron largo tiempo debajo de su superficie.

Furioso el sol, cargó de nuevo su guanaco y siguió el camino de su choza, pero las muchachas oyeron todavía lo que les dijo: «os aconsejo que os escondáis bien, porque de otra manera os va a ir muy mal». E inmediatamente se transformaron en *Ko'oklol*.

Cuando Kren llegó a su choza, contó a sus compañeros que en la choza del Kloketen no había más que mujeres que se pintaban el cuerpo para disfrazarse de espíritus y se ponían un *tólon* (máscara) en la cabeza para que nadie supiera que eran nuestras propias mujeres. Impuestos los compañeros de este fraude, estallaron en cólera, pero sin manifestarlo a nadie porque Kren se los había prohibido. Acordaron, sí, investigar inmediatamente lo que hacían las mujeres en la choza del Kloketen. El sol, que era muy astuto, les propuso enviar a varios andarines que pudieran ir y volver ligero para imponerlos de lo que pasaba allí, sin que las mujeres se dieran cuenta de su misión.

Fué primero el pequeño *Kaxken*, o sea, el pájaro porotero. Se agachó y, bien pegado al suelo, entró a la choza. A pesar de que las mujeres vigilaban atentamente, se deslizó por un lado, recorrió la choza y salió de ella sin que nadie se diera cuenta de su visita. Contó a los hombres que no había visto más que a sus mujeres e hijas, acurrucadas en el suelo al lado de la pared de la choza. Tenían un *tólon* detrás de su asiento. Fuera de las mujeres, no había nadie más en la choza.

Poco tiempo después mandaron al *Tornéceren* (otro pájaro), que también penetró a la choza sin que nadie se apercibiera de él y volvió, diciendo que no había allí más que mujeres.

Siguió a éste el *Cacan* (pájaro de los prados) que hizo el mismo viaje y trajo la misma relación, agregando que no vió ni a *So'ortes*, ni *Mátan*

ni a *Xálpen*, ni a ninguna otra clase de espíritus, sino a las mujeres acurrucadas en sus asientos.

Con esto concluyeron de darse cuenta los hombres de que eran engañados por sus mujeres; en consecuencia, acordaron caer sobre la choza y matarlas a todas.

Para elegir el momento más propicio de la acción encomendaron a Sat (pájaro ostrero, *Haematopus*) dirigirse y ocultarse en la choza y avisar a los hombres por medio de su estridente *pfiff*, el momento propicio para caer sobre ellas.

Dispuesto todo así, apareció *Támtan*, hija de Kren, acompañada de dos mujeres, en el campamento de los hombres. Se presentó a su padre, diciéndole: «*Xálpen* necesita mucha carne, danos de la que has traído...» Kren tomó irritado el guanaco que acababa de cazar y lo tiró a los pies de su hija, gritándole: «¡toma, no he podido traer más, llévaselo a tu madre y a las demás mujeres, está visto que sólo ellas tienen derecho a comer y darse buena vida... ojalá alcance para todas!»

Tamtan volvió muy agitada y confundida a la choza, a contar a su madre lo sucedido con su padre y las mujeres temblaron de susto al ver que sus representaciones habían sido descubiertas por los hombres. Se alistaron, en consecuencia, para lo que pudiera suceder.

La luna, que era muy robusta, se hizo pintar con mucha proligidad y, acompañada de cuatro mujeres, fué a convencerse personalmente de lo que decían los hombres. Pasaron al campamento y, andando de choza en choza, se les dió toda la carne que pidieron. No vieron, por lo demás, nada de particular. Oyeron sí que un anciano les dijo: «Será cierto que toda esta carne es para la *Xálpen*?» y otro agregó: «No se puede saber si no sean, al fin, las mismas mujeres que consumen tanta carne».

Volvió la luna con sus compañeras a la choza del *Kloketen*, diciendo que ya no había duda de que los hombres sabían lo que pasaba aquí, pues hasta la fecha ninguno se había atrevido a hablar de esta manera.

Pero querían tener más seguridad de sus sospechas todavía y la misma luna dispuso que saliera inmediatamente un *So'orte* al campamento de los hombres a escuchar sus conversaciones.

Se arregló para esto a una mujer, pintándole el cuerpo y poniéndole un *tólon* en la cabeza.

Las demás mujeres, entre tanto, se habían adelantado ya al campamento de los hombres, diciéndoles que luego iba a aparecer un espíritu, los que, al oír esto, se escondieron en sus chozas, tapándose la cara con su piel de cuero.

Colocadas convenientemente las mujeres en el campo de observación, escucharon lo que se decía del espíritu en cuanto apareció. Lo que jamás había sucedido, oyeron las críticas de los hombres. Uno decía: «¡Quién puede saber si este es un espíritu verdadero?» Otro: «¡No se puede saber si las mujeres nos engañan!» o bien: «las mujeres nos están engañando!, nos asustan!» Por fin: «es posible que nuestras mujeres se pinten y nos

hacen creer que son So'orte!» Se apoderó el pánico de las que escuchaban estas reflexiones y se volvieron inmediatamente a la choza.

Y cuando se había producido cierta turbación en los hombres, que también la notaron las mujeres, apareció repentinamente la luna, gritando: «Silencio, la Xálpen está furiosa», palabras que no hicieron impresión en el ánimo de los hombres y, completamente turbada, se volvió a las mujeres, diciéndoles: «Nos va muy mal, tratemos de asustar a los hombres, Xálpen los matará!» Dicho esto formaron dos filas y, saliendo de la choza del Kloketen una se colocó a la derecha y la otra a la izquierda de la entrada. Kre se presentó nuevamente invitando a los hombres a acercarse a ella y diciéndoles que Xálpen iba a llamar una a una a las mujeres a la choza para comérselas.

Con esta amenaza iban a sentir miedo los hombres. Pero no fué así.

Al contrario, se armaron de gruesos garrotes y se dirigieron resueltamente a la choza. Y cuando Kre gritó todavía: «no os acerquéis, permaneced lejos de aquí», Sat, que había permanecido escondido cerca de la choza, dejó oír su grito estridente que oyeron los hombres y con esto se acercaron más todavía a la choza y Kre, en el colmo de la desesperación, les volvió a gritar: «atrás, hombres, ya viene la Xálpen». Desesperadas las mujeres animaban a la luna, levantando la voz a su vez: «ya se acercan los hombres. ¡Oh dolor! ¡Qué va a ser de nosotros?» Los hombres empujaron a la luna a la choza. Se adueñaron de la puerta de entrada y penetraron a su interior.

Entonces gritó Kren con todas sus fuerzas: «matad a las mujeres» y los hombres las apalearon de tal manera, que mataron y estrangularon a las que estaban a su alcance. En poco tiempo yacían todas en el suelo completamente ensangrentadas.

El sol le pegó a su poderosa mujer con un tizón ardiendo. Al primer golpe tembló la bóveda celeste. Al segundo y tercero se hizo más amenazante la situación. Dejó entonces de maltratarla de miedo de que se viniera abajo el firmamento. Huyó la luna al cielo, hacia donde la siguió su esposo y hasta el día de hoy no ha podido alcanzarla. Se ven todavía en la cara de la luna las quemaduras y las cicatrices que le infirió su marido. Algunas veces aparece de rojo esta mujer, cuando se le despierta su rabia contra los hombres y a éstos, por supuesto, no se les ha extinguido todavía el odio que mantienen contra ella. Siempre furiosos los hombres prendieron fuego a la choza del Kloketen, arrasándola de la superficie de la tierra.

Se volvieron, en seguida, al campamento a matar a las jóvenes que sabían lo que pasaba en el Kloketen, dejando sólo a las niñas pequeñas, que, crecidas algunos años después, celebraron los hombres por primera vez las fiestas del Kloketen, haciendo esta nueva generación de mujeres el papel de espectadoras, ignorando cómo habían conseguido posesionarse de su secreto los hombres.

Esta es la historia del gran engaño de las mujeres en los tiempos antiguos. Sólo desde que lo descubrieron los hombres les fué permitido

penetrar a la choza del Kloketen. Tan pronto como los jóvenes aprenden a callar, pueden frecuentarla también y hacerse Kloketen.

Los *So'orte*, *Xálpén*, *Mátan*, etc., son representados por los mismos hombres (en realidad no existen); pero, cuidado con revelarlo a las mujeres!

«El último sobreviviente de los Selk'nam llevará este secreto a la tumba. Jamás deben saber las mujeres que somos los hombres los espíritus que funcionan en la choza del Kloketen y que somos nosotros los que nos pintamos, nos ponemos las máscaras y hacemos representaciones delante de ellas para engañarlas. ¡Cuidad el secreto!»

Aquí es del caso agregar que este mito tan ingenioso de los Selk'nam, está en relación con el paso del matriarcado al del derecho paterno en la historia de la humanidad. Si consideramos que los Selk'nam, por el grado actual de su cultura, que son todavía nómades, cazadores menores y colectores de los productos naturales de la tierra y que la mujer no ha formado todavía su hogar permanente, ni edificado la casa, ni conocido los rudimentos de la agricultura, nos es forzoso admitir que este mito es importado a la Tierra del Fuego y tomado de una cultura superior, de otros pueblos de la América del Sur, y que sólo por tradición se conserva desfigurado en el pueblo, como decimos, todavía nómade de los Selk'nam.

El mito de la preparación del Kloketen.—Tenenesk nos contó, dice Gusinde, que aquellos dos puñados de tierra tuvieron otro hijo que se llamó *Kórior* y una mujer llamada *Tankoyin* lo tomó bajo su cuidado. Lo consideró como a su propio hijo y lo alimentó convenientemente. Llegó así a ser su madre. La *Tankoyin* provenía del Norte y fué la primera mujer que se trasladó al sur, a las tierras de *Koléyik*, donde se casó. *Kórior* pasó su primera juventud entre esta gente.

Apenas nacido *Kórior*, se desarrolló rápidamente y sólo pocos días tomó el pecho. Pronto aprendió a correr y creció tan rápidamente que pudo jugar con otros niños. Cuando, luego, se puso más grande todavía, no le gustó seguir jugando con ellos. Así, *Kórior* hecho ya hombre, pudo hacerse candidato o Kloketen, visitar la gran choza de los iniciados, y tomar parte en las fiestas que duraron mucho tiempo en esa época, reteniendo juntos a los jóvenes. Cuando se separaron éstos, *Kórior* tomó la resolución de dirigirse al Norte, a la patria de su madre, cuyo padre vivía todavía, para visitar a su abuelo.

Kórior poseía un hermoso trozo de tierra blanca que lo tomó para llevarlo a su abuelo. Se puso en marcha. El camino fué largo. En el norte encontró a su abuelo. Este se alegró de ver a su nieto. *Kórior* permaneció mucho tiempo en su choza y le obsequió la tierra blanca que había traído consigo. El anciano *Háluwil* celebró mucho este regalo. Era un hombre muy inteligente. Inmediatamente empezó a arreglarla de tal manera que se puso tan blanca como la nieve. Y, en realidad, hasta hoy conserva esta tierra su color resplandeciente.

Pasado algún tiempo, abandonó *Kórior* la choza del viejo *Háluwil*. Se separó de su abuelo y se dirigió más al norte todavía. Quiso ver si la gente de esta región construía también la choza para la celebración del

Kloketen. Kórior fué el primer hombre del Sur que llegó a estos lugares del Norte, para entrar otra vez como Kloketen a la choza de estas gentes. Y precisamente, a un punto donde se habían reunido muchos individuos para celebrar la fiesta. Encontró allí a un muchacho que era también Kloketen. Se hizo su amigo. Se llamaba *Kámsot*. Y juntos se ensayaron en las prácticas del Kloketen.

Kórior le dijo: «Te mostraré ahora cómo se hace un Kloketen en el Sur. Haz todo lo que te voy a decir». Kórior hizo a su compañero todas las demostraciones. Se plantaron primero siete estacas en el suelo y otras más pequeñas entre ellas, hasta que se cerró la choza. Se colocaron después trozos de césped hasta la mitad de la altura de los palos y se esparció pasto sobre el suelo para las camas.

«Le describió, en seguida, lo que se hace en las fiestas, desde la mañana hasta la noche y desde uno hasta el otro día. Le enumeró los ejercicios y juegos que se hacen en un mes y los meses siguientes y los trabajos de los hombres y de los candidatos. Le contó cómo se pintan los hombres y se cubren la cabeza con el *tólon*, cómo se llaman y cómo funcionan. Le explicó, por fin, lo que hacen los Kloketen y el modo cómo deben conducirse.

«El otro Kloketen aprendió luego todo. Se dió bien cuenta de ello y se puso, al último, muy orgulloso. Trató nada menos que de sobreponerse a Kórior. Este le había enseñado lo que se hace en la gran choza del Kloketen de los hombres del Sur. Todo lo había aprendido *Kámsot*. Ambos hicieron ejercicios continuamente y compitieron entre sí durante mucho tiempo. En esto notó Kórior que *Kámsot* se ponía muy envidioso. Cuando Kórior entró un día a la gran choza, *Kámsot* le ofreció un *kócel*. Kórior le dijo: «Yo soy dueño de mi propio *kócel*. También, entre nosotros, en el Sur, los candidatos (Kloketen) somos dueños de un *kócel*. No necesito el tuyo». Convinieron, en seguida, en hacer varias pruebas de fuerza. Kórior invitó al otro Kloketen a hacer una larga caminata. Aceptó *Kámsot*. Caminaron apresuradamente durante mucho tiempo, hasta que *Kámsot* se cansó y no pudo seguir adelante. Kórior siguió caminando todavía durante mucho tiempo. Kórior ganó la caminata. Convinieron, entonces, en una carrera. Kórior achicó su figura. Así aceptó el otro la prueba. Corrieron una larga distancia, pero, al fin, *Kámsot* quedó atrás. También venció Kórior esta apuesta. Convinieron, por último, en una prueba de canto; Kórior volvió a vencer a *Kámsot*.

«Siempre fué vencido este Kloketen. Pero, a pesar de todo, persistía en su idea de sobreponerse a Kórior. A pesar de que *Kámsot* había aprendido mucho del Kloketen del Sur y por esto trató de sobrepujarlo a toda costa, no lo pudo conseguir. Por fin, Kórior le dijo: «Yo también tengo derechos en el norte porque es la patria de mi madre». Kórior, por su parte, había visto y aprendido mucho aquí porque era muy prudente y aplicado. Sabía perfectamente cómo se disponía la gran choza del Kloketen en el norte, cuál era la participación de los hombres en ella, qué historias contaban y cómo se conducían los Kloketen.

«Hacía mucho tiempo ya que Kórior se encontraba en el Norte y deseaba volver al sur. Le pidió a Kámsot acompañarlo, pero le manifestó éste no tener ningún placer en ello. Pero cuando Kórior lo apremió con sus súplicas, aceptó, por fin, Kámsot. Se dirigieron al sur. Pronto les sorprendió una gran obscuridad. Había una espesa neblina sobre la tierra. No veían nada y apenas si podían avanzar. El Kloketen del Norte tenía una hermana que había visto esta obscuridad. Salió de su choza y cantó. Mientras cantaba, se hizo más y más claro. Con esto el día se hizo también mucho más largo. Durante ese día cantó todavía algunas veces la muchacha, consiguiendo con esto que no se disipara la luz del día. Y, en realidad, sólo muy tarde, volvieron a aparecer de nuevo la neblina y la obscuridad. Descansaron. Pero ya muy temprano empezó a cantar de nuevo la muchacha, sobreviniendo inmediatamente la claridad que se mantuvo todo el día. Así anduvieron aquellos dos Kloketen un largo camino, pues la claridad los acompañó constantemente.»

Concertaron ejercitarse en otras pruebas por el camino. El Kloketen del Norte era muy envidioso. Como Kórior siempre lo había vencido, se sentía muy ofendido. Pronto estuvieron frente a una alta montaña. Se prepararon inmediatamente para subirla. Kórior tomó visiblemente la delantera, Kámsot quedó mucho más atrás, cansado. Ya estaba Kórior a media altura. De aquí dejó rodar unos troncos de árboles y grandes piedras. Ya no le fué posible a Kámsot alcanzar la altura y otra vez, a pesar de todos sus esfuerzos, fué vencido por Kórior. Kámsot trató de ocultar su rabia, pues estaba furioso de haber sido vencido tantas veces. Inmediatamente discurrió el modo de vengarse.

Por fin llegaron al Sur donde encontraron a los hombres reunidos en una gran choza con los candidatos del Kloketen. Kámsot trató de entrar inmediatamente a ella, pero Kórior se lo impidió, diciéndole: «Si entras, mueres». Kámsot permaneció entonces fuera de la choza del Kloketen, en el campamento de las mujeres y los niños. Esto lo hizo Kórior con el objeto de hacerle sentir mejor todavía su gran superioridad; pues le herían también los celos de Kámsot.

Pasó un tiempo y sólo entonces permitió Kórior a Kámsot entrar a la choza diciéndole: «Dirige tus pasos por el camino que te mostraré, es el único que puedes andar cuando entres o salgas de la choza. Siéntate siempre en el lugar que te indicaré y que será siempre tuyo. Ten cuidado: si te diriges a otro camino o te sientas en otro lugar, morirás inmediatamente». El Kloketen del Norte, temeroso de que Kórior le tendiera una celada se atuvo estrictamente a lo que se le ordenó. Desde esta fecha se atienden los hombres a estas prescripciones en la choza del Kloketen, cada uno frecuenta sólo el camino que se le indica y ocupa el asiento que se le designa en cualquier parte o bajo de uno de los siete grandes postes de la choza para indicar qué es de la tierra que esos troncos representan.

Largo tiempo había permanecido Kámsot en el sur. Un día dijo a los hombres: «En mi patria del Norte hay también extensos bosques. En el verano es verde el follaje de los árboles y en el otoño se tiñe de rojo. Cuando

sobreviene la nieve, caen las hojas al suelo; se disipa ésta, brotan las hojas nuevas otra vez». Los que oyeron estas palabras, se burlaron de él y le dijeron: «Kámsot miente. No puede ser como él dice». Kámsot se incomodó. Estos hombres han dicho: «Kámsot es un embustero...!» Molesto se volvió a su patria.

Kámsot había aprendido mucho en el Sur. Había visto cómo se hacen las ceremonias del Kloketen, cómo se dividen para esto el día y la noche, lo que hacen los hombres y los candidatos y mucho más todavía. Por fin hacía mucho tiempo ya que Kámsot había llegado a su patria. Siempre se acordaba de que los hombres del Sur se hubieran reído de él y lo hubieran llamado mentiroso. Esto lo enfureció de tal manera que se volvió pájaro. Desde entonces se llama Kárper.

Pasado mucho tiempo, volvió otra vez al Sur. Hasta entonces había permanecido siempre verde el follaje de los árboles del bosque. Se posó sobre una rama. En su plumaje llevaba las hojas verdes frescas del verano y en su pecho las rojas del otoño. Habiendo permanecido mucho tiempo en una rama, se tiñeron también de rojo las hojas de los árboles del Sur y cayeron. Esto lo observaron las gentes. Vieron al Kárper en la rama: llevando las hojas verdes del verano y las rojas del otoño en su cuerpo. Con gran gritería dice hoy todavía a las gentes: «Creéis ahora lo que yo había dicho antes?» Y desde entonces se tiñen de rojo las hojas de los árboles en el otoño y caen después, cuando viene la nieve, y, tan pronto como ésta desaparece del suelo, brotan nuevas hojas que permanecen verdes todo el verano.

Tal como las gentes del Sur celebran el Kloketen, así se celebra también en el Norte. Fué Kórior el que propiamente introdujo esta fiesta del Sur al Norte, de donde se esparció inmediatamente por todas partes. Kórior vivió mucho tiempo. Viejo ya, se convirtió en un monte: pasó a llamarse *Saruk*.

Desde la época en que tuvieron lugar las querellas del Kloketen del Norte con el del Sur, o sea de Kórior con Kámsot, reina la envidia entre algunos individuos. Esta es la razón por que se designa con tanto rigor los caminos que les es permitido transitar a los concurrentes en la choza de las fiestas del Kloketen. (Al relatar esta parte de la narración traza Tanenensk con los pies una línea en el medio de la puerta de entrada de la choza y divide el espacio en dos partes iguales, una que comprende el Norte y otra el Sur).

La división de la cabaña con siete pilares corresponde a las nacionalidades de los individuos que representan, sentándose bajo ella.

El que no conserva su lugar en la choza y pasa al otro lado, muere pronto. Se vigila severamente a los concurrentes de manera que cada uno permanezca en su grupo. Se debe, pues, conservar a toda costa el lugar que se le ha designado. Ya Kórior había amenazado a Kámsot con la muerte temprana en el caso de abandonar el camino y el lugar que se le había señalado. Hasta hoy no se ha disipado todavía la tensión entre las gentes del Norte y del Sur. Ambos grupos se observan atentamente, cuan-

do se juntan en las fiestas de la gran choza del Kloketen. Cada uno piensa en la antigua querella de Kórior del Sur con Kámsot del Norte. Y esta es la razón también por que nunca se acaban los celos entre los dos grupos de Selk'nam que habitan la Isla Grande de la Tierra del Fuego.

Kámsot o Karper es naturalmente el *Microsittace ferruginosus*, hermoso loro chileno, muy bullicioso, que frecuenta los bosques de la sección más austral de la América del Sur

Se representan las ceremonias del Kloketen con espíritus que a los ojos de las mujeres y los niños son seres especiales venidos de otra parte a enseñarles sus deberes, mostrarles el vituperio de las malas costumbres y la obediencia y sometimiento a los hombres. Son, entre tanto, los mismos hombres que hacen papeles tan extraños. Saben bien que no son ni pueden ser espíritus, pero al representarlos, llevan en su mente la idea fija de que en el antiguo Kloketen de las mujeres, eran ellas las que pintaban su cuerpo y se ponían máscaras para transformarse en una *Kúlan*, *So'orte* o cualquier otro personaje para dominar a los hombres. Este mismo proceder les sirve ahora de disculpa para disfrazarse con pinturas y máscaras, convencidos de que deben recuperar sus derechos y conservar los usos y costumbres de su pueblo, apareciendo ante las mujeres en la forma de seres sobrenaturales, ancianos, enfermos, jóvenes, niños, etc.

Las mujeres creen firmemente en ellos, porque desde pequeñas se les ha enseñado, que habitan en el cielo y la tierra y aparecen en las fiestas del Kloketen. Guardan los Selk'nam con el mayor secreto este engaño y no permiten que los conozcan las mujeres. No ven nada de particular en ello desde que no resultan malas consecuencias de las fiestas de Kloketen y una vez terminadas se reanudan las buenas relaciones entre todos. Nada tiene que hacer tampoco el Kloketen con Temaukel, los Ho'wenh, el Yosi y el alma. No toca, pues, sus creencias fundamentales. Son tan especiales estos espíritus que, terminadas las fiestas, desaparecen de la imaginación de las mujeres y no se acuerdan más de ellas; y los hombres, por su parte, evitan el más mínimo pretexto para descubrirles su naturaleza. Se contentan con lograr su fin de gobernarlas con su apoyo diciendo: «hacemos lo mismo que ellas hicieron con nosotros en otros tiempos».

Para las representaciones se pintan el cuerpo desnudo. No se toleran los vestidos ni las sandalias. La rara combinación de los modelos y los colores tiene un significado propio para cada espíritu y caracteriza personajes especiales conocidos del público femenino.

Desde tiempos muy remotos se conserva esta manera de disfrazar y adornar a los espíritus del Kloketen y todas las generaciones pasadas han usado los mismos disfraces con sus adornos y colores.

En las primeras semanas de la fiesta que presencié Gusinde, observé que a casi todos los actores se les habían helado los dedos de los pies en la nieve y que se los curaban acercándolos al fuego. A los pocos días desaparecía el dolor; pues, observa con razón el autor, que la costumbre se sobrepone a la enfermedad y muestra la resistencia física de esa gente.

En las noches de invierno vió a un indio permanecer de pie, completamente desnudo, tres y cuatro horas, sobre una pradera nevada. ¡La pintura de su cuerpo no le ofrecía naturalmente ningún abrigo! Fuera de que a este individuo se le helaron los dedos de los pies, no tuvo nada que sufrir. Es de advertir que el invierno de 1923 fué extraordinariamente frío. Emplean para sus pinturas los colores blanco, negro y rojo. Los disuelven en agua en el revés del fondo de un plato de mesa o en una cajita de lata. Pintan al espíritu con la mano derecha y, sólo cuando se trata de un personaje como el *Tanu* o *Hánxo*, dan verdadera importancia a la selección de los colores y ejecución de las líneas. No son, sin embargo, rigurosas las leyes de la simetría entre éstos artistas! Para fijar ciertos colores, los puntos blancos sobre rojo, por ejemplo, emplean poca agua para disolverlos, o se valen de la saliva. Pintada una parte del cuerpo, la acercan al fuego para secarla y emparejar las fallas con las manos. Para pintar los puntos blancos de los *So'orte* se toma una pequeña cantidad de tiza en la boca, se muele entre los dientes, mezclándola con saliva y se escupe sobre el cuerpo, salpicando las partes pintadas de fondo rojo que ya se habían secado.

Se necesitan muchas veces varios individuos para pintar a un espíritu, lo que no impide que la primera mano se la dé el mismo interesado y ceda los adornos a otras personas. Los candidatos tienen la obligación de ayudar en estos oficios, mientras un anciano les explica la delineación de un modelo que no conocen o comprenden mal, como en el caso de la representación del *Kewanix*, por ejemplo, que es muy complicado.

Es a veces muy difícil adquirir los colores blanco y rojo, porque los guardan las mujeres con mucho cuidado y, como no pueden sospechar siquiera el empleo que de ellos hacen los hombres en las fiestas del Kloketen, se recurre a la astucia para procurárselos. Si al empezar las fiestas lleva cada Selk'nam una pequeña cantidad consigo, se puede reunir lo suficiente para las necesidades del momento, pero si se prolongan las fiestas, se comisiona la *Hase* o al *So'orte* al servicio de *Xálpen*, para que se traslade a las chozas del campamento y las solicite para ella, a quien tanto temen las mujeres. Estas suministran siempre lo necesario, pero, si aún con esto no se tuviera lo suficiente, se anuncia el juego de *Hainxo* que las obliga a enviar grandes cantidades porque todas tienen la obligación de tomar parte en él y pintarse el cuerpo por mandato de este espíritu.

Con las máscaras completan los disfraces y pinturas del cuerpo. Varían éstas de forma y colores, según el espíritu. Son de corteza de árbol, o más bien, de cuero del cuello del guanaco. A los de forma de cartucho se les da el nombre de *tólon* que es también nombre genérico. Pasadas las fiestas, no se destruyen, sino que se esconden en el hueco de un árbol del bosque para conservarlas y usarlas de nuevo en otra ocasión, lo que no se comprende cuando se piensa que no les es permitido a las mujeres verlas jamás y que, precisamente por el aviso de los tres andarines que entraron al Kloketen de las mujeres y las sorprendieron sin las máscaras

que las tenían apoyadas en la pared de la choza, descubrieron los hombres los secretos del antiguo Kloketen. Se pudren naturalmente cuando son de corteza de árbol y se hace preciso confeccionar nuevas. Presenció el autor una caminata de dos horas para ir a buscar máscaras usadas.

En cuanto al uso o manejo mismo de las máscaras, hay supersticiones que obligan a tratarlas con el mayor cuidado. No pueden dejarse caer al suelo, ni tocarse con el codo al pasar a su lado, ni hablar con desprecio de su forma. Esta es la razón por que se les coloca siempre afirmadas en la pared de la choza. Si alguien necesita hacer uso frecuente de la suya, debe colocarla después de cada representación con todo cuidado inmediatamente por detrás de su espalda y cuidar de que nadie la toque. Son los candidatos o Kloketenes generalmente los que reciben las máscaras en estos casos y los que las guardan en el lugar conveniente. Se cree que, al caerse una máscara al suelo, debe suceder una desgracia entre los concurrentes a la fiesta. El que usa una de esta clase, se dará un golpe que le ocasionará una herida profunda, grandes quemaduras, etc., o la muerte. Esta es la razón por que los candidatos reciben consejos y recomendaciones especiales para el cuidado y uso de estos objetos.

Cuál es el valor cultural del Kloketen.—Desde luego estas fiestas son un producto híbrido en el desarrollo de la cultura Selk'nam. No descubriéndose en su mitología el gobierno de las mujeres propiamente tal, y si bien la *X'alpen* y *Kre*, personajes femeninos poderosos, no desempeñaron el papel de disertoras de un pueblo en que los antepasados fueron hombres. Más todavía, el mito del mando de las mujeres, no se ajusta al desarrollo de la cultura humana, en general. Así, si consideramos que los Selk'nam son todavía nómades, colectores de los productos naturales de la tierra y cazadores menores y la mujer no es sedentaria, esto es, no ha formado su hogar fijo, ni vive únicamente con sus hijos, ni practica la agricultura, debemos reconocer forzosamente que este mito ha sido importado a la Tierra del Fuego de una cultura superior, de otros pueblos de la América del Sur y que la tradición conserva desfigurado. Según Gusinde, se deriva del país de los Tehuelches, donde oyó hablar de otro Kloketen, propio de ellos. Se practica entre los Selk'nam una fiesta mixta en que se descubre el propósito de instruir en sus deberes de la vida a los jóvenes que han llegado a la pubertad, pero también para ejercitarse en las ceremonias de los hombres con el objeto de libertarse del yugo de las mujeres que jamás lo han sufrido.

Las fiestas de la juventud de los Yamana y Alacalufes que nos describirá Gusinde en los tomos II y III de su obra, tienen por objeto educar a los jóvenes de los dos sexos al mismo tiempo y bajo el mismo techo, enseñándoles la obediencia y el respeto para consigo mismo, sus mayores y el prójimo, la ejecución de trabajos manuales, etc.

Si estas fiestas se encuentran en todos los pueblos primitivos, lo lógico es que se practiquen también en la Tierra del Fuego, siendo raro que los Selk'nam los hayan reunido en una sola, excluyendo de ellos a

los muchachos jóvenes. En estas condiciones, se trata sólo de impregnar en el alma de los jóvenes ciertas reglas de ética que los hacen útiles para la colectividad y de obtener ellos para sí el dominio de las mujeres.

Respecto de la lengua de los Selk'nam llama la atención por sus fuertes sonidos explosivos y cierre gutural que no se encuentra en ninguna otra lengua sudamericana. Aunque no es rico su vocabulario, posee la suficiente cantidad de palabras para las necesidades de la vida. Abunda en nombres geográficos y en los que se dan al guanaco, en los de personas, animales, plantas, diversos objetos, fenómenos naturales, etc. Los sustantivos tienen un sentido fundamental, siendo rara la formación de palabras onomatopéyicas. La formación de la frase es sencilla. El sujeto, a menudo, un pronombre personal, se coloca al principio. Se demuestra la anteposición del genitivo en la frase siguiente: *Selk'nám ke cam*, del Selk'nam, la lengua. Carece de sexos, pero no de pronombres personales y posesivos y de tres clases de demostrativos. Cuentan hasta cinco, pero no conocen el sistema quinario. Se expresan los tiempos del verbo por medio de adverbios que se colocan antes o después de éste y se repiten a menudo en otras frases. Fuera de esto, se encuentra en esta lengua una terminación especial que expresa el futuro y el imperativo. Son sencillas las reglas de la sintaxis, pero descubren cierta expresión del pensamiento que renueva constantemente el haber intelectual del Selk'nam y los expresa humanamente. La unidad de esta lengua con la tehuelche ha sido reconocido por Lehmann Nitsche y W. Schmidt.

La antropología física de los Selk'nam se estudiará en el T. III y nos dará seguramente sorpresas en el sentido de que los fueguinos forman una raza que no ha tenido contacto con los indios del Norte de Chile, pero sí con los de otras regiones lejanas del continente. Sabemos que, no sólo será muy valiosa la contribución de Gusinde en esta materia, sino que también el primer ensayo serio de estudio de antropología chilena. Ojalá podamos agregar luego a este trabajo las investigaciones del Prof. O. Aichel de Kiel que hace poco estudió en el Museo Histórico Nacional la antropología de los habitantes de Arica, Atacama, del centro y sur de Chile e isla de Pascua. Quedará siempre en pie el problema araucano que, lo esperamos, se descifrá alguna vez.

Terminaremos este ligero examen de la voluminosa obra de Gusinde repitiendo las palabras que dedica a los fueguinos para borrarles la mancha de individuos de raza inferior que les dieron observadores superficiales que en años pasados visitaron su país.

«Poco se ha hecho hasta aquí, dice este autor, para estudiar las cualidades de los pueblos primitivos. Se echa mano frecuentemente de observaciones incorrectas y sin valor para inventar una hipótesis que no aprovecha ni a la ciencia ni a los mismos naturales. Hay investigadores que sólo observando las condiciones actuales externas de la vida y los recursos

naturales de un pueblo, se permiten sacar derechamente y sin discusión, conclusiones respecto del bajo o elevado nivel de su desarrollo espiritual. Se ha creído con criterio europeo que sólo la perfección de los utensilios y las comodidades de la vida, debían estar en relación con una inteligencia inferior. Se ha apoyado este criterio en la porfiada resistencia de los pueblos primitivos para no hacer sino lo que aprendieron de sus padres y la incomprendibilidad del europeo para no reconocer la absoluta falta de exigencias de los naturales que, al rechazar friamente lo extranjero y mirarlo con desdén lo hacían únicamente porque veían que no sacarían ninguna ventaja en reemplazarlos por los utensilios de su propia cultura. Es un hecho que el aborigen se siente bien en su patria porque allí encuentra lo que necesita. No conoce otras necesidades ni exigencias que las suyas, por escasas que sean; vive contento y un extranjero no es capaz de comprender la conformidad de su suerte y la tranquilidad de su alma».

«Mal, pues, han sido juzgados los fueguinos al partir de este punto de vista, presentándolos como individuos atrasados en su cultura material y sin aptitudes para ninguna manifestación superior del espíritu. El sólo hecho de habitar la más inclemente e inhospitalaria región de la América del Sur, ha dado origen a prejuicios tales que se les ha considerado como a seres más cercanos al animal que al hombre, tanto que hasta hace poco, cuando se ofrecía citar un ejemplo para calificar el grado más bajo de la cultura humana, se recurría, sin titubear, a los temidos y fundamentalmente desconocidos indios de la Tierra del Fuego».

«Ahora bien, si consideramos que la madre tierra no les concedió sino muy escasos o casi ninguno de los dones de la naturaleza para sentirse bien en su patria y que, a pesar de esto, se procuraron una vida digna del hombre con los escasos recursos del suelo, que facilitaron la adquisición del alimento, simplificaron el trabajo y dieron forma práctica a la vida, alcanzando una armonía con el medio en que descansa la feliz satisfacción de su alma, debemos reconocer que todo esto forma un conjunto de grandes acciones, de una fuerza de espíritu sobresaliente y una agudeza de sentido que por sí solos dejan ver claramente y sin lugar a duda, el alma exuberante de aquellos hombres primitivos. Considérese, pues, a este pueblo en sus relaciones con la naturaleza y se juzgarán justicieramente sus prendas espirituales y el puesto honroso que debe ocupar en la gran familia humana».